



Y cuando el silencio se había instalado en nuestras vidas, aparece de nuevo la voz, la tinta y el papel, la palabra impresa, la revista Coincidir en el mismo tiempo y en el mismo espacio. Espacio para la expresión creativa, con la única pretensión de crear un hábito y gusto por la lectura y escritura; y en este sentido, remover al pensamiento y la capacidad creadora. ¡Escribe, expresa tu historia y tus ideales!

SECCIONES

[Artículos](#) (17)
[Citas](#) (7)
[Comic](#) (3)
[Cuento](#) (8)
[Editorial](#) (3)
[Poesía](#) (38)
[Relatos](#) (3)

ARCHIVO

[August 2011](#) (20)
[July 2010](#) (25)
[May 2010](#) (30)
[December 2009](#) (3)

LO MAS RECIENTE

[Editorial](#)
[Sabbat](#)
[presentación de Coincidir](#)
[Poda mi lirica](#)
[La violenta visita y el teatro político de Fernando Sánchez Mayáns](#)
[Herencias](#)
[Persia](#)
[Si el hombre pensara](#)
[Pecado](#)
[Lugi](#)
[Carlanka](#)
[Preludio](#)
[La noche lleva tu nombre](#)
[Amada](#)
[El Sandinista Caballero está muerto](#)

CRITERIOS EDITORIALES DE COINCIDIR

El Sandinista Caballero está muerto

August 25, 2011

By [admin](#)



por Christopher LePan
Toronto, Canadá

Yo llegué a León, Nicaragua, una ciudad colonial que una vez fue la capital del país, buscando un escape de la ruta turística de Granada, Nicaragua; bonita, pero culturalmente comprometida, como Costa Rica, por demasiado turismo. Los jóvenes se quedan en los mismos hostales y leen las mismas guías de viajeros. Mientras la ciudad capital, Managua, que muchos viajeros usan solo para cambiar de autobús, no es una de las siete maravillas de Nicaragua, especialmente después de que fue destruida por un gran terremoto y un ataque de la dictadura de Somoza para tranquilizar a sus opositores.

Desde antes de su destrucción, la ubicación de la capital se había cambiado ahí porque la ciudad de León, que era y es muy liberal, con mucha frecuencia estaba en conflicto con la ciudad de Granada, la más conservadora. La gente de Granada pensaba que su ciudad debía ser la capital. Entonces, Managua se hizo la ciudad capital como un pacto entre las dos diferentes ciudades.

En León, yo estaba solo y pasaba la mayor parte del día caminando y explorando los parques, museos e iglesias. Para la puesta del sol, antes de encontrar un mirador, yo había estado buscando un lugar donde pudiera ver la iglesia más grande de toda

América Central y la ciudad completa, al fondo la neblina de la playa Peneloya al Oeste. Un hombre joven me habló: "¿Quieres una mejor vista?"

Tenía una sonrisa sincera y una bicicleta. Hablaba con mucho respeto, especialmente cuando le dije que yo era canadiense. La ciudad estaba llena de arte callejero sobre los muros de cada calle. Me presentó a un hombre que se llamaba El Caballero o El Caballero Loco. Era un hombre muy grande, intenso, un sandinista con una pierna y muchas historias y opiniones acerca de "la revolución bonita". Con la fuerza de un Che Guevara nicaragüense, hablaba de los problemas con el dictador Somoza y las acciones agresivas del gobierno estadounidense contra el movimiento popular; él con mucha frecuencia corrió al frente de la batalla para confrontar al enemigo con pistola o cocktail molotov y así ejercer presión. Le dispararon, y perdió su pierna por una ametralladora americana. Era su desafortunada lección del imperialismo.

Le compré una cerveza, y él me contó que la revolución era un éxito porque la mayor parte del pueblo apoyaba a los sandinistas. Después de la victoria, el gobierno mejoró muchas cosas: más hospitales, por lo tanto, mejor salud para los pobres; más escuelas, un nivel de educación más alto para estas personas a las que les había faltado; más tierra para los campesinos y derechos para las mujeres, los jóvenes y los indígenas. La revolución progresaba, el país iba hacia adelante hasta que "ese hijo de puta Reagan" empezó la guerra que desvió muchos recursos del esfuerzo de construir la economía para el progreso.

Desde una perspectiva norteamericana, yo había crecido en las razones de "la guerra fría", pero en Nicaragua no estaba seguro de lo que pensaba. Aprendí que mientras "los Yankees" enviaban armas a las Contras, los canadienses enviaban medicinas a los sandinistas. Yo he aprendido que Nicaragua es solo uno ejemplo de cómo la intervención del gobierno estadounidense ha manipulado el destino de un país más pequeño en nombre de la libertad contra el "comunismo". Pero el mundo no es tan simple. América Latina no es América del Norte. El Capitalismo y la Democracia no siempre comparten los mismos valores, y Democracia y Socialismo no tienen que ser antagónicos.

¿Dónde está la Barbería del Cóndor (León, Nicaragua), donde fue mi primera reunión con un pelotón de viejos compañeros sandinistas? Un día antes de salir de la ciudad, la encontré por casualidad. La semana anterior, había pasado cerca de ella muchas veces, pero sin verla. Muy pronto sería tiempo de continuar mi viaje al Norte: la lenta ruta a Canadá, después de una pequeña eternidad en América Latina. Llegué en mal momento y, en consecuencia, no vería a mi amigo Orlando o El Caballero.

Como todavía necesitaba un corte de pelo y una afeitada, entré a la peluquería a través del pasillo soleado y encontré la oscura cara familiar de Marco A. Zapata, el vocero sandinista y dueño de la tienda, el más viejo, más robusto y más quejoso. En nuestra primera reunión me había dado una impresión muy extraña aquel hombre: un subordinado le zumbaba alrededor como un mosquito mientras le cortaba su pelo y le afeitaba, y aplastaba mosquitos reales de los hombros y cuello de Marco. El subordinado siguió las instrucciones bruscas y específicas de la manera como el dueño quería recibir el corte de pelo y afeitado.

Era el único cliente de la peluquería ese día, y me senté para charlar, dándole tiempo para que me recordara. Él me

Coincidir es una revista cultural independiente, cuyo objetivo es ofrecer un espacio a la creatividad. Acoge textos narrativos y poéticos, así como ensayos, artículos de opinión y dibujo.

☛ Los textos deben ser inéditos, firmados por su autor (no acepta seudónimos ni el anonimato).

☛ El escrito podrá tener una extensión máxima de 5 cuartillas, debe presentarse en Word, en tipografía Times New Roman o Arial de 12 puntos.

☛ Los dibujos pueden presentarse en original o en formato JPG.

Coincidir se edita gracias a la confianza de los escritores que envían sus textos y de los mecenas que apoyan la publicación.



preguntó acerca de mis orígenes y experiencias en América Latina, y recordó el día que yo pasé con su pelotón, hacía mucho tiempo. Él me tenía una mala noticia: El Caballero estaba muerto.

Uno de sus compañeros lo describió como “el soldado más valeroso y loco” que él había visto en toda la revolución. El Caballero me había abierto su casa durante la primera visita, y sentía como él me cuidaba mientras yo no estaba muy cómodo en la ciudad. Había muerto hacía poco tiempo de una enfermedad renal.

En el interior de su guarida, durante Semana Santa, yo o, debo decir, mi costado boyante por las cervezas Victoria, probablemente había exagerado mi importancia como periodista o diplomático canadiense del futuro. Me compadecí del apuro de los sandinistas y quería ayudar a su causa, pero no supe cómo hacerlo. No recordaba si había hecho promesas. Después de 24 horas y unos litros de cerveza Victoria, sentía cada vez más intensamente que mientras más tiempo me quedara sería más difícil dejarlos.

Primero fui inducido por ellos y luego repelido. Tenía el sentimiento de que El Caballero esperaba que yo hiciera algo por ellos. No había dado el equivalente de lo que había recibido, y el que yo pagara la cuenta de demasiadas rondas no tuvo impacto, excepto por la cruda que sentimos al día siguiente.

El Caballero y sus compañeros echaban chispas sobre una nueva perspectiva de la lucha del “tercer mundo” y su realidad socio-política. El derrocamiento del gobierno podría ser un imperativo moral, y partidarios del socialismo podrían ser elegidos también. Muchos norteamericanos, yo incluido, no podrían entender la opresión de una dictadura actual, como el reinado por 43 años de la dinastía Somoza, o sentir el peso psicológico engañado por un súper-poder, su interposición impertinente y ofensiva, contra la voluntad de una mayoría de nicaragüenses.

Mi pelo caía al piso a cuadros blancos y negros, mientras Marco cortaba con cuidado. Para su consternación, un representante de la empresa telefónica entró a la peluquería.

Me pareció como si la cuenta de Marco estuviera sin pagar. Enojado, indignado, su rostro se volvió rojo, él reprochó al joven por su actitud petulante y su falta de respeto, antes de echarlo. Marco se calmó y nuestra conversación continuó.

Supe que Orlando, el hijo adoptado del Caballero, quien me había llevado a toda prisa a un tour de bicicleta por la ciudad, todavía vivía en León. Le di a Marco el mensaje de que yo me quedaba en el Hostel Bigfoot, por si quería hacerme una visita.

Cuando introduje la mano en la bolsa y saqué mis córdobas por el corte de pelo, Marco hizo un signo con su mano para que yo no me preocupara. La mirada de su cara era alegre cuando se dio cuenta de la propina de un dólar americano. Con la mala noticia y un buen corte militar, yo salí de la Barbería del Cóndor. Mi cabeza se sentía más ligera y el corazón más pesado. Casi era el tiempo de dejar descansar mi obsesión sandinista, tiempo para poner algo de distancia entre esta ciudad sandinista y yo.

No vería a Orlando antes de que me fuera a Estelí, otra ciudad sandinista; en la cual no visitaría la Casa Sandinista, un museo-bar donde los residuos revolucionarios se mezclaban con cervezas frías y lágrimas ocasionales. No había perdido interés en el pliegue de los sandinistas, de hecho fue lo opuesto: requería una perspectiva novedosa.

Miré afuera por la ventana, y pude ver por la carretera unos anuncios gigantescos de la campaña presidencial de Daniel Ortega, el líder del gobierno revolucionario, quien perdió la elección de 1990. Once años después, el movimiento popular derrotó y terminó la dictadura Somoza. Había estado tratando de regresar al poder durante dieciséis años. Los medios habían denunciado la violación de su propia hijastra, casada con un líder de otro

grupo político; y se había hecho una figura muy controversial, poderosa en los grupos sandinistas, pero con muchos enemigos, entre ex-sandinistas y otros. Él había cambiado mucho a través de los años, y la pureza y altas aspiraciones de la revolución habían sido comprometidas.

En un sueño, horas después, escribí los párrafos anteriores, yo hablaba con una aparición de Daniel Ortega, un hombre de quien había tenido impresiones mezcladas, pero su regreso a la presidencia en 2006 había anunciado la dirección correcta para Nicaragua.

La noche de la elección, me pasé leyendo blogs de los resultados más recientes y descripciones de las actividades, incluyendo lo que pensaba que eran fuegos artificiales y celebraciones prematuras por los sandinistas fieles. Con los resultados confirmados al día siguiente, yo usé mi camiseta negra de A.C. Sandino en una fiesta en Toronto, Canadá. Casi nadie pudo reconocer el significado de mi camiseta. Cuando estaba en León, yo la había preferido en vez de una del joven Daniel Ortega revolucionario, poderoso con sus anteojos negros. Equivocadamente, yo había dudado de la posibilidad de su regreso al poder.

Sonando, pero lúcido, me senté en mi computadora, a metros de donde dormía en la realidad. Yo recibía, como invitado sorpresa, a Daniel Ortega, en mi cuarto. Él se sentó a la par de mí. “Olvídame. Olvídame y olvida la revolución”, dijo con enojo.

Yo puse mi mano sobre su hombro para consolarlo, pero él se la sacudió de encima con actitud desafiante. Fue en ese momento que apareció como si él hubiera perdido

toda semejanza de humanidad: sus ojos se convirtieron en negros fríos, como los de un gran tiburón blanco. “Las personas nacen como son, y nunca cambian,” gritó frenéticamente.

Yo traté de calmarlo, poniendo mis dos manos sobre sus hombros en señal de conciliación. Él se las sacudió como una bestia atrapada. Con un grito silencioso dentro de mi garganta y un escalofrío que bajaba por mi espina, me desperté con miedo de Daniel Ortega. Mi simpatía por él y sus sandinistas había vacilado y se había enfocado sobre lo negativo.

En ese momento supe que él había sido culpable de la violación de su hijastra en el nombre de la revolución. Ella había mencionado que él le dijo que la revolución era muy estresante y, por eso, el líder necesitaba mucho alivio de esa manera. Yo no quería creerlo, pero ahora sí. Ortega había regresado, pero la revolución había desaparecido.



Sign Up to see what your friends like.

Recommendations

Sign Up

Create an account or **log in** to see what your friends are recommending.



Revista Coincidir

67 people recommend this.



Facebook social plugin

Leave a Reply

Name(required)

Mail (will not be published)(required)

Website

Submit Comment

Copyright © 2011 [Coincidir](#). All Rights Reserved.
Magazine Basic theme designed by [Themes by bavotasan.com](#)
Powered by [WordPress](#).
